

LA OTRA

Sara se recordó con un dolorazo de cabeza que hacía la fastidiase, es más, le causara verdadera tortura, el alegre trinar del canarito que cantaba al sol, riente y tibio, en la clara mañana primaveral.

Se sentó en la cama. Hacía calor. Retiró las cobijas que le pesaban y distrajo la mirada en la escala áurea de sol que penetraba por la ventana.

Escuchó los pasos recatados de la sirvienta pasando frente a su puerta; luego anunciaron que estaba servido el café.

No quiso. — Insistía su mamá, desde fuera:

— Muchacha, que te vas a pasar de debilidad...

Aquel reclamo práctico la volvió a lo real de las circunstancias; la defendió un tanto del sopor de haber permanecido tantas horas en el lecho.

Lloró calladamente; se revolvió en la cama e inició, entre gimoteos y contradicciones, un monólogo sordo y dolorido...

¿Qué sentía? Su cerebro era un caos donde fracasaba toda su cándida imaginación de mujercita ignorante, de niña grande casi.

Ella había imaginado al amor tan distinto de lo que en realidad se manifestaba!

Las lecturas «morales», los circunloquios y las reticencias misteriosas que se desenvolvían alrededor del tema, no le dejaron ocurrir sino que el amor era una pura expresión de espíritus, como una afinidad de aromas entre dos flores; había supuesto un sucederse de leves «nances», de suaves transiciones, a su idilio de pronto inte-

trumpido, quebrado, roto, como por la brutal imposición de un accidente.

Los héroes de sus novelas amatorias eran entes impalpables que actuaban en un escenario irrealmente poético; participaba ese su mundo imaginario de la bruma impenetrable que envolvía los encargos de los bebés a París.

Es verdad que destruyó la tonta leyenda infantil, pero creó en su lugar una serie de disparatadas ocurrencias...

Así le había pasado con el amor...

*
* *
*

Sus relaciones con Eladio habían sido sencillas, acomodadas a su inocente pensar.

Tras el dragoneo vulgar llenó él la fórmula del pedido de la mano y la solicitud de las visitas, dentro de un correcto estiramiento. Sus padres lo aceptaron y hecho ya el prometido oficial empezó a frecuentar su casa los jueves y domingos, con exacta regularidad.

Al principio los acompañaba en la sala su mamá que luchaba heroicamente por disimular los bostezos interminables... Después se iba para adentro la señora, un poco más temprano, y terminó por no hacer otra cosa que saludar al futuro yerno.

La asiduidad de las visitas estrechaban su intimidad... Ya se olvidaban entre las de él las finas manitas de Sara y reeditaban, entusiastas, los besos que antes sólo marcaran la hora melancólica de la despedida...

A veces, el loco, la hacía ruborizar con escabrosas conversaciones, ya aludiendo al futuro que les reservaba tantos goces o refiriéndose a sus encantos...

Esos disgustillos de enamorados, entre paréntesis de besos, les eran comunes como a todos los novios. Una vez hubo de acentuarse el enfado cuando él, pretextando, arteramente, comprobar la viva gracia, la pura ele-

gancia de líneas de su cuerpo, le pidió que lo esperase sin corset...

—¡Qué desvergüenza!... Mejor: ¡qué capricho ridículo!...

La ofendida no le contestó y Eladio pasó unos cuantos días «empacado», yéndose temprano o alargando indefinidamente la plática con la mamá de Sara, mientras ésta, nerviosa, se mordía, sabiendo demasiado a que atribuir la fingida indiferencia de «don caprichos»...

*
*
*

Aunque le costó a Sara vencer muchas pudorosas resistencias, se resolvió un día a complacer la exigencia ridícula... Pero, naturalmente, no se animó a comunicárselo... Se diría que él se había olvidado de aquello...

Una noche caliente, en que el perfume enervante de las flores del jardín que llenaba la sala y la semiluz rósea de la lamparilla eléctrica la adormecían y la tornaban lánguida y tierna, mientras él atrevía un brazo por su cintura flexible y fina, entre ruborizada y burlona le interrogó:

—Y la nueva Friné que deslumbrará a los jueces?...

Le pagó Eladio la revelación con una sonrisa agradecida, la estrechó amorosamente contra sí y le cerró la fresca boca a besos quemantes que la ahogaban en deliquios indecibles...

Sintió Sara los ojos ardientes de su novio, su respiración alterada, un trémolo de pasión subrayando su frase encendida y tuvo miedo de que la destrozase el abrazo brutal, en que vibraba, junto al cuerpo del hombre estremecido, tremante, que palpitaba en una animalidad primitiva, casi feroz!...

¡Y ella también había participado de aquella racha de locura! había entregado su boca a la glotonería de la de

él, y había plegado, hecho dúctil, como una divina cera viva,—su cuerpo esbelto, mórbido, juvenil.

Y eso era lo que le dolía, la atenzaba, la vencía, tal una culpable de un pecado inaudito.

¡Sí! había vibrado en aquella animalidad inferior que ignoraba! La palomita cándida!, cómo se había dejado arrastrar en el raudó torbellino cálido!

¡Cómo había respondido, arrebatada, al beso hondo, y gustado la voluptuosidad vírgen de sentir las manos de él pulsando en sostenidas caricias el tesoro impoluto de su carne aterciopelada y palpitante!...

Una causa leve, un ruido, los hizo volver a la realidad. Sara reaccionó inmediatamente y le rechazó airada, vuelta a su dignidad de mujer herida, llena de reproches...

Y se había ido él, para no volver ¡nunca más! según su expresión definitiva.

Todo por aquello, por aquello que la hacía ruborizar, que la abochornaba, y luego la entristecía íntensamente en su derrumbe de ilusiones. Que, quizá sintiese más por el fracaso de su ensueño, por su pobre castillo de brumas, que creyera tan consistente, que por el novio que se iba...

*
**

¿Sería terminante la resolución de Eladio? No volvería más?... Es que no debía volver; no le recibiría ni contestaría sus cartas, si intentaba escribirle... Aquello había terminado...

En su casa querrían enterarse del imprevisto truncarse de sus amores, pero ya encontraría ella pretextos, medios de eludir explicaciones...

Pero... no era aquello lo que la preocupaba, sino la descarnada realidad del hecho brutal que le revelara, crudamente, la cruel verdad...

Quería decir entonces que tras la soñadora, la niña delicadamente espiritual, existía otra personalidad que



ella había ignorado: una mujer vulgar, que no se diferenciaba de las demás bajas mujeres; con los apetitos, las materiales debilidades, las lacerias de la sirvienta, de la lavandera ?

Recordó la repulsión experimentada un día que sorprendió abrazados a un doméstico con una mucama, a quienes hizo despedir inmediatamente de su casa. Había cometido una injusticia ya que ella, desde un plano superior, descendía a semejante bajaesa !

Debía convencerse entonces de que su cultura y su refinamiento, no prevalecían por sobre aquel torpe engeger de la materia triunfante; que toda su selecta espiritualidad caía arrumbada al soplo de unos besos apasionados y de una llamarada de deseo !

¿ Tendría que suceder aquello ?...

Para ella no se planteaba el problema moral de la falta de antes o de la normalidad de después del matrimonio sino del amor, del amor humano que tanto había divinizado, soñadora; no pasándole, ni por asomo, por la imaginación, que la flor de fina espiritualidad de su amor idealista tuviese sus raíces absorbiendo el lodo de la carne... Sería todo animalidad carnal ?... Entonces él tendría razón ?...

Se llenaba de dudas...

*
* *

De cualquier manera sus amores habían finido. No podría continuar con Eladio. El, que conoció la otra, la que podría llamarse feminidad hecha alma, había visto despertar—o despertado—su grosería interior; él era el asesino de la mujercita de ayer, ya que destrozando su ingenuo sueño había dado vida a esta mujer nueva, que respiraba instinto por todos los poros, que casi no ignoraba nada...

No podía, no, no podía ser !...

*
* *

Se levantó de la cama y se vió de pasada, en camisón, reflejada en la limpia luna del espejo y huyó de su figura, de la enemiga, a quien veía tan cerca... Con la cara encendida, la boca húmeda, los ojos brillantes, excitada por la prolija evocación mental, con los brazos y el cuello desnudo y el cabello revuelto,—le pareció realmente que otra mujer había cruzado frente a ella con una sonrisa procaz y un gesto descocado...

*
* *

De pie, junto al escritorio lleno de adornos, se desesperó de irresolución; sintió el vacío del problema insoluble frente a la blanca cuartilla.

Ruborizada, cual si le penetrasen las ideas, como si la hiriera la acusación de quien la adivinase próxima a claudicar, hundió, nerviosa, la pluma en el tintero y rompió el papel con dos frases: ¡ Ven ! ¡ Ven !

MONTIEL BALLESTEROS.
